Sección Bibliográfica

LAIN ENTRALGO, DRAMATURGO POR EXTENSION

Como es lógico, sólo creo en la teoría de los géneros literarios a efectos de metodología y de aproximación racional para expresar los problemas que nos rodean. Si bien ya no se discuten diferencias de fondo y forma, la vieja disyuntiva de siempre, sino que una afecta al otro en la misma medida y siempre se produce una reciprocidad determinante, yo me atrevería a sostener que el fondo de los problemas, los problemas en sí, es decir, lo único que induce a una perentoria necesidad de expresión, tiene una vida propia, y lo que ocurre en realidad con la forma es que ésta se consustancializa sutilmente con la índole de los asuntos, hasta adquirir una personalidad a veces desorientadora.

Grandes escritores modernos —Sartre, Machado, Camus, Unamuno— han dado continuos mentís al formalismo. Al hacer novela, poesía o teatro, han recurrido a las formas propias de tales géneros literarios, sí, pero su concepción del mundo, su coherencia profunda, las cuatro ideas sobre las que se sustenta una reputación, no han podido, afortunadamente, cambiar. La incomunicabilidad humana, la disociación de la personalidad, por ejemplo, son incomunicabilidades y disociaciones a todos los niveles de géneros literarios. La única salvedad que pudiera hacerse es que determinados géneros son más aptos que otros para expresar determinadas ideas. Camus se expresó mejor con el ensayo que con el teatro. Beckett se expresa mejor con el teatro que con la novela. Mas, en general, el ejemplo definitivo lo tenemos en que estos escritores, que oscilan entre la creación poética o novelesca y el pensamiento, siempre acaban por «confirmar» sus ideas mediante el ensayo, si cultivaron al principio otros géneros más intuitivos, o mediante la poesía, la novela, el teatro, si la conformación de su concepción del mundo tuvo por vehículo el ensayo. De paso habrá que decir que ésta es la prueba del fuego para un escritor. ¿Quién puede negar la vinculación poética de Machado a los rigurosos conceptos filosóficos de su época? ¿Quién no encuentra el mejor «rastro poético» de Luis Rosales en su libro de ensayos *Cervantes y la libertad*? ¿Quién no ha observado que la idea de absurdo en Camus se da tanto en la novela *El extranjero* como en el ensayo *El mito de Sísifo*, que, por si

fuera poco, datan del mismo año? El concepto de novela de tesis, comedia de tesis, ciertamente se ha desvalorizado. Pero asistimos a la revaloración de algo que, si bien no se puede denominar «de tesis», desdeña al menos la posibilidad —estéril— de utilizar la experiencia de la realidad en toda su extensión. Esto también puede equivaler a una tesis, no en sentido hegeliano, desde luego. Lo que ocurre es que las tesis del siglo XX, más que con un dogmatismo, se identifican con un programa, con un sistema de ideas, con una coherencia pretendida, Esta es la funcionalidad de la literatura. Como se comprenderá, un punto de vista de esta índole no tiene más remedio que ir al grano. Ir al grano supone saltar un poco por encima de los géneros literarios, saltar lo estrictamente indispensable para no ahogarse en los esquemas. Si a mí me toca ahora comentar una comedia de Pedro Laín Entralgo (1), empiezo por decir que las exigencias tradicionales de los críticos de teatro —inteligentes y especializados, pero limitados por la causa precisa de la especialización— no van a brillar en mis teclas, aparte de que a un servidor, el teatro como espectáculo no le interesa fundamentalmente. Por eso la obra de Laín Entralgo será aquí considerada en cuanto a problema general y no en cuanto a ejercicio particular típicamente teatral, ya se sabe, la dinamicidad, el ritmo, la decoración, la dirección, la adecuación ideológica a los procedimientos formales, etc.

Entre nosotros llega al lector con abrumadora claridad de propósitos. El prólogo, suscrito por el propio Laín Entralgo, es sobradamente elocuente. Laín Entralgo, como se sabe, no es un típico autor dramático; es, antes que nada, un excepcional antropólogo. Procede de la historia de la erudición, de la cultura. Es uno de los grandes estudiosos que tenemos hoy en España, y su aportación a temas como la relación entre el médico y el enfermo, historia de la medicina, la «otredad», la esperanza, es importante y conocida. A lo largo de su minucioso ejercicio de exégesis, Laín ha tenido oportunidad de definir con profundidad, y armado de todos los recursos del pensamiento más exigente, las grandes líneas de su actitud ante el mundo filosófico y humano, preferentemente referidas al gran problema de la relación con los otros —el yo, el tú, el nosotros—, al de la convivencia, tema decantadísimo no sólo en Laín, sino que presenta un eje inevitable sobre el que más o menos directamente se mueve la filosofía moderna. Pero Laín lo ha llevado a su culminación en España. Su obra más destacada, *Teoría y realidad del otro* (2), de factura histórica, expositiva y valorativa, contiene en sus densas páginas cuantas interpretaciones ima-

(1) PEDRO LAÍN ENTRALGO: *Entre nosotros*. Alianza Editorial. Madrid, 1967; pp. 167.

(2) Editorial *Revista de Occidente*. Madrid, 1961; dos vols., 733 pp.

ginables cabe extraer de la interrelación humana —el encuentro, la soledad, el amor, la comunicación— en sus sentidos metafísico, antropológico y sociológico. Esta tenaz y exhaustiva «necesidad intelectual de dar razón suficiente de la convivencia con otras personas» ha obligado a Laín a estudiar el problema del otro antes de su aparición en la historia y después de su aparición, paralela a la del cristianismo, y los distintos orbes filosóficos en que se ha venido gestando la enorme bibliografía de la «otredad» y su esencia. El primer volumen de *Teoría y realidad del otro* termina con estas palabras: «Indudablemente, y pese a las guerras de exterminio, los campos de concentración, las cámaras de gas y la difamación total del adversario, el pronombre *nosotros* es una de las palabras vivas de este tiempo». La redacción de otra significada obra de Laín Entralgo, *La espera y la esperanza,* inspiró *Cuando se espera,* estrenada en Madrid no hace muchos meses. La espera, la convivencia y la esperanza, he aquí los asuntos nutricios e íntimamente ligados que Pedro Laín Entralgo ha tomado como constante para una exploración seria y amorosa del acaecer humano.

Todo esto justifica que *Entre nosotros* sea una pieza absolutamente definida. «He aquí un importante, esencial aspecto de la vida del hombre —expresa Laín en el prólogo—: su convivencia con los demás. Frente a él, ¿me sería posible, después de haber consagrado al tema los dos volúmenes de mi *Teoría y realidad del otro,* escribir una comedia de «realidad»? Tal fue la pregunta que dio origen a *Entre nosotros,* pieza cuyo tema es un conflicto de orden convivencial». Según se indica en la contraportada, constituye, en cierto modo, una réplica a *Huis Clos* de Sartre. En vez de *el infierno son los otros,* Laín acuña una frase realmente sugestiva y cierta: «Los otros no son el infierno. Los otros no son el cielo. Los otros son una mezclada y cambiante posibilidad de infierno y de cielo, a la cual el libre juego de nuestra conducta y la suya puede en alguna medida cielificar o infernar». Digo que se trata de un pensamiento sugestivo y cierto, pero no entro en el juego de la réplica a *Huis Clos.* Eso es arriesgado, desbordaría las aspiraciones de esta nota y, en realidad, tiende a sobrevalorar a Sartre, ya que se nota entre los intelectuales un movimiento de impugnación, no sin cierto pasmo, en torno a los puntos débiles de las teorías sartreanas, con lo cual se demuestra, y esto es necesario, pero no debería de ofuscar a nadie, que ya es imposible pensar en Europa sin tener por meta la identidad o desacuerdo con el filósofo francés.

No hay géneros, hay problemas. Ahora podemos preguntarnos si Laín, con este nuevo método, aporta más sustancia medular a su *causa,* a su constante de la convivencia y de su connotación física y moral del otro. Aporta, naturalmente, el calor, la intimidad y la emoción que por regla general faltan en la teorética, e ilumina con el incontras-

table ardor de la acción una parcela de su ancha capacidad intelectual, aunque el conjunto siga siendo sólo convincente en el plano de las ideas y que la elección de los caracteres parezca un tanto abstracta, por no decir convencional (arqueólogos ingleses *típicos* con almas tiradas a cordel), pero que, no obstante, resultan idóneos para que Laín Entralgo exprese con claridad que si en la convivencia humana el conflicto no puede no existir, la coexistencia entre hombres es algo más que conflicto y que «la vía regia para la resolución del conflicto y para la conversión de la camaradería en amistad, en precaria amistad, es la confidencia, y más aún cuando ésta tiene por materia los contenidos de nuestra intimidad que de alguna manera y en alguna medida son para nosotros «vergonzosos». Campo tan diáfano como inflexible. Para desarrollar la idea o el contenido esencial, Laín no ha hecho muchas concesiones tendentes a desvirtuar la acción compleja y relativa de la realidad «real», no artística. Sin embargo, estimo oportuno señalar una concesión importante: todo el carácter de sir Philip, su amor proclamado y jamás «visto», su negativa a conocer el pasado de Diana. La reacción de sir Philip es la que motiva la progresión de la tesis, que debería haberse sustentado sobre un planteamiento radicalmente complejo, más atormentado, menos lineal, razones éstas que no eliminan la veracidad de la idea primordial, antes al contrario, la afirman, y tienen la virtud de «representar» vivamente, con el necesario énfasis dramático, el notable hallazgo de que los demás no son sólo el infierno, sino que son una cambiante posibilidad. De todas formas, yo prefiero a un Laín «con idea», armado de previos esquemas filosóficos encaminados a clarificar el mundo y a establecer cuatro —o mil— ideas fijas que sirvan, a un hábil dramaturgo que se conozca a la perfección todos los trucos de la mecánica escénica, esa cosa en cierto modo baladí que entendemos por leyes del espectáculo, y que luego, penosamente y con harta confusión, tenemos que vincular al cuerpo general de la historia de las ideas, que es, en definitiva, lo que más nos importa para aspirar al entendimiento. Y a la novedad.—EDUARDO TIJERAS.

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN: *Moral y sociedad (La moral social española en el siglo XIX)*. Ed. «Cuadernos para el Diálogo». Madrid, 1966.

Moral y sociedad es un trabajo surgido en el Seminario de Humanidades de la Sociedad de Estudios y Publicaciones; en su día, lecciones de un excepcional cursillo, hoy es un libro lleno de interés por su amenidad y el acopio de lecturas que deja traslucir; se resiente, sin